

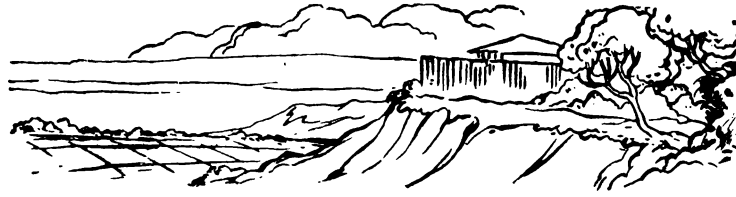
PERFILES HUMANOS

Miercoles por la tarde.

Enrique Yusta, algo preocupado caminaba más que de prisa.

Era, pues, una tarde placentera, oliendo a humanidad y dulzura de vivir. Con la fantasía hirviente de gratos recuerdos del pasado, para él Quiapo es el distrito sovente de todos los tipos humanos habidos y por haber, donde convergen las fuerzas de resistencia contra los asaltos del hambre. Veía ensimismado cómo desfilaba, ante él, el gentío heterogéneo de todas las capas sociales,

Gemelos en el dolor



—oOo—

por **BROMERAL**

en busca de algo que fuera a satisfacer su curiosidad cotidiana. Una larga fila de "jeeps" y grandes "buses" venían de los suburbios lejanos, cargados de devotos de la Virgen del Perpetuo Socorro. Y, entre unos y otras, no se notaba nada extraño; y son como esas postales de viaje o de amor.

Manila, ciudad alegre, de sonrisas amables, de miradas angustiosas, es todo movimiento, vibración y vida. Para descubrir y conocer Manila, hace falta hacer en ella parada, porque no se puede conocerla o enseñada a nosotros en postales. En ella abundan novelas de amor que terminan en tragedias. Mani'a, ciudad alegre, en la que cada movimiento pendular de la existencia, nos revela su alma noctámbula; y, en ella, la lucha por la vida, viene a ser como un ejercicio muscular, con el traicionero puñal del homicida, o el cañón de una pistola del "gangsterismo" moderno.

Ajeno a lo que pasaba en su derredor, Enrique Yusta se dió cuenta luego que ya se encontraba en medio de la Plaza Miranda, donde los más furibundos oradores verbalistas desencadenaron, por varias noches preelectorales, las más sañudas filípicas contra los adversarios políticos. Allí resonó una vez, no solamente la atiplada voz de exsenador Osías, sino también la voz tribunicia de los Lopez, Cabilis, Tañadas, Magsaysay, Roxas, Avelinos, Paredes y otros jóvenes estudiantes, neófitos de la política, arrojados allí por sus respectivas agrupaciones cívicas para ventear los triunfos y fracasos, virtudes y defectos de todos los candidatos a cargos efectivos.

—¡Por fin te encuentro! le decía el amigo aquel que iba de prisa camino al hospital.

—Pues, digo lo mismo, amigo Arturo. Todo por casualidad. Pero qué hay de aquello que me decías . . . que mé querías contar de muchas cosas de la vida...

—Ahora mismo vamos al "Mid Town". Allí hablaremos lo que prometí contarte.

Se dirigieron, pues, al "Mid Town" en Quezon Boulevard.

A las primeras de cambio, Enrique Yusta reveló su pasado. Pero eso sí, en pocas palabras. Hizo un resumen de la tragedia pasional que un tiempo sufría con una jovencita de 18 primaveras natural de Pampanga. Locamente enamorado de ella, no dejaba de recordarla y hasta se extasiaba evocando en su imaginación la venusiana belleza de la pampanguéña.

—De modo que tú también, al enamorarte, tenías un calvario...

—Más que calvario, la tumba de mi amor.

—Lo que me había pasado, quizás, no tiene paralelo en la vida, y mira...

Hubo una pausa entre los dos amigos. Enrique Yusta pensaba, mientras que su amigo Arturo, buscando en su interior algo que se pierda, hizo un mohín de desprecio a la existencia. . .

—Mira Enrique. También tengo mis cuitas. Dicen que de poeta, músico, loco (y hasta de enamorado) todos tenemos un poco. Así, poco más o menos, me porté un Domingo para cumplir, o mejor diría, acudir a donde mi novia me indicó que iría. A las 7:20 a.m. me encontré en la Camilla de la Universidad de Sto. Tomás, atestada de gente. Con

aquel la muchedumbre devota entrecasi forcejeando hasta conseguir llegarme a la mitad de la Capilla, armado con un Sobre Grande (no me daba cuenta que tendrí que parecer ridículo, el ir a iglesia, en un día como aquel con un Sobre debajo del brazo donde tenía guardados los periódicos y la revista en que estaba la imagen de ella, que para mí eran reliquias de mi más preciado ideal, y que pensaba mostrar y entregarlas a ella después). Estuve mirando por todos lados a trueque de ser tildado de irrelevante por los feligreses que iban a la iglesia, no para buscar, al igual que yo, a su Dulce Nea, sino para orar y oír mis palabras de obligación. Algo ya desalentado de mis investigaciones ocultas, no veía a ella por ningún lado, salí de la Capilla pasando por un pasillo lateral de la izquierda que conduce a unos corredores de la Universidad, y cuando a la sazón, se estaban dando lecciones de catecismo a los niños. Estos, o mismo que los futuros sacerdotes o seminaristas que estaban con los niños, me dirigieron una mirada de burla y se apresuraron a verme pasar con el conocido Sobre. Desde luego, y aguanté todo por ella y con la confianza aún . . . (!Oh cuán ilusoria la esperanza de los enamorados!) de encontrarla en la puerta a la salida. Sin preocuparme de que no había desayunado y que podría ser objeto de burla con el dichoso Sobre, resolví pararme en la puerta principal de la Capilla esperando que pasaría ella sonriente y contenta. Estuve allí hasta cerca de 4 minutos, que me parecieron mortales; el calor era sofocante y la vista de tanta gente que entraba y salía de la iglesia acabaron por trastornarme por completo hasta el punto de que a poco me desmayaba. Solo la fuerza de voluntad y el deseo irresistible de encontrar a mi novia, me sostuvieron. Como medida de precaución, me recosté, aunque algo mareado, en las paredes de la puerta de la Capilla. No obstante no pudiendo ya vencer las impaciencias harto enojosas, decidí preguntar por la hora a un joven que estaba charlando con otro de su edad, y me contestó que

(Pasa a la pág. 34)



MARA VILLOSO-COCKTAIL

Prepárese en coctelera:

Unos pedacitos de hielo.

Medida clara de huevo.

Una cucharada de jugo de naranja.

Una cucharada de marrasquino.

Una cucharada de granadina.

Una copita de ginebra Peter's.

Agítese muy bien y sírvase en copa de cocktail.

oooOooo

MARY PICKFORD-COCKTAIL

Prepárese en coctelera:

Unos pedacitos de hielo picado.

La clara de un huevo.

Una cucharada de las de café de marrasquino.

Una cucharada de las de café de granadina.

Una copita de ron Bacardí.

Agítese muy bien y sírvase muy frío en copa de cocktail.

Perfiles...

(Viene de la pag. 19)

era ya las 8:20 a.m. Al saber la hora exacta, yo mismo me asusté de la proeza y llegué sintiéndome hacia ella una especie de odio con ribetes de enojo y rabia por la inexplicable conducta de mi novia. Me daban ganas de ir a su casa y decirle unas cuantas cosas, pero me contuve. Salí del lugar con el alma destrozada, como ella muy bien podía imaginarse. Llegué hasta prometerme de que ya no volvería a verla más, ni llamarla o hablar por teléfono, por lo menos hasta que obtuviera de ella una explicación satisfactoria de su actitud informal. Pensé y quise... llamarla por teléfono, pero como sucede siempre en las cosas de la vida, que algunas veces estamos de malas y nos salen al revés, me decidí ya a coger el auricular del teléfono y la llamé. Pero en lugar de contestarme la que siempre me contestaba con voz melosa y divina que era mi encanto y placer, contestóme la voz de su madrastra que me decía: "...nada, que está en cama... un ligero malestar..."

Por ella supe entonces que mi novia se fué a la Capilla no a las 7:30 a.m. como así me indicaba, sino a las 6:30 a.m. Así con el ánimo abatido y el alma roto en pedazos de dolor, me dirigí a un restaurant para desayunar, pero hé aquí que a los pocos minutos de estar sentado como un "ecce homo", el radiofonógrafo entonó la canción favorita y romántica "No sé lo que me pasa". Y esto, naturalmente, me trastornó más, por lo que salí volando, no sin excusarme de que había olvidado la cartera en casa y que volvería enseguida. Esa era mi tragedia, Enrique . . .

En los ojos de Arturo, brilló una ráfaga de luz envuelta en lágrimas como hombre desengañado de las mujeres.

Enrique y Arturo son gemelos en el dolor . . .